

El Doctor Marañón que he conocido

MIGUEL BATLLORI Y MUNNÉ
Real Academia de la Historia

AGRADEZCO MUY ÍNTIMAMENTE a las organizadoras y organizadores de esta *Semana Marañón 2000* el haber apellidado esta participación mía conferencia conclusiva. No podía ser una simple comunicación, pero tampoco una ponencia científica. Conferencia liga más con disertación, en la que el que habla no es ni un orador ni un charlista, sino una persona que se comunica con sus oyentes de una manera distendida; y poco más que coloquial: *diserte*, en latín *clásico*.

Por lo mismo, aunque el doble objeto de esta mi sencilla disertación ha de ser el binomio Marañón/Feijoo, desde su inicio ha de ser triple: no podemos olvidar a un amigo de todos los dieciochistas españoles, el profesor Ernest Lluch, cuyo bárbaro fin está estos días en nuestra presencia, y por mucho tiempo estará en nuestra memoria. En la mía lo estaba ya desde los años de su cátedra en Valencia, de su ministerio de Economía en Madrid, y desde la aún reciente presentación, en Barcelona, de la segunda edición de la *Historia de la familia Riquer*, que propició nuestro último encuentro largo, una cena a seis en la Casa de Lengüadoc y del Rosellón. Desde ahora su recuerdo será ya una historia contemporánea frecuentemente evocada, y fe vivida. Que descanse ya en paz, y que cada cual interprete estas bellas palabras según sus creencias, y sus vivencias.

Expuestos ya por el profesor Francisco Alonso Fernández algunos puntos científicos del binomio Feijoo/Marañón, me ceñiré a un aspecto cultural de Marañón/Feijoo, tanto en su aspecto general, dentro de la historia de la cultura española del siglo xx, como en el mío, más particular y personal.

La aparición, en 1934, de *Las ideas biológicas del padre Feijoo* representó un renacimiento de los estudios dieciochescos en España. Hasta entonces, a pesar de las muchas y, a veces, hiperbólicas y aun ditirámbicas páginas que a nuestro siglo XVIII había dedicado Menéndez Pelayo, sólo sobrenadaban algunos nombres que, como decía Marañón en su libro y en la *Revista de Occidente*, sacaban a flote, «de cuando en cuando, la caña y el anzuelo expertos de algún erudito».

Durante los dos años que aún faltaban para el estallido de nuestra guerra civil, comenzaron a aparecer nuevos estudios sobre aspectos varios —políticos y culturales— del primer siglo borbónico en España. Vinieron la guerra y la postguerra, y nuestro siglo XVIII, junto con el XIX, fue un siglo malo, vitando, como origen de todos los males que dominaban en los cinco primeros años de la Segunda República, arrasados por el glorioso Movimiento Nacional. Nuestro Feijoo, por ser monje, fue uno de los poquísimos que de momento se salvaron, a pesar de haber seguido siempre con atención lo que sucedía y se publicaba en Francia y, en general, en el extranjero, de donde procedían todos los males que habían engendrado la anti-España.

Pero vino la posguerra, y la anti-España se convirtió en la otra España, no tan odiosa y páfida. Al mismo tiempo, llegaban del extranjero, todavía tan temido, algunos libros de autores no españoles, que habían visto que algo bueno nos había traído el Siglo de las Luces —debo recordar, sobre todo, el del mexicano Silvio Zavala sobre América vista por el espíritu francés del XVIII, aún persistente, y el del francés Sarrailh, éste menos— con una nueva visión global de la Ilustración en España; y a poco se crea ya, junto a la Universidad de Oviedo, este Instituto de estudios dieciochescos, amparados por el pararrayos del nombre y la cogulla del padre Feijoo.

Justo dos años antes de aparecer el libro del doctor Marañón se me propuso un cambio de rumbo en mi vida de historiador. Durante mis estudios universitarios de historia, letras y derecho, había centrado mi interés en la Baja Edad Media, siglos XIII-XV, para mi formación como historiador catalán, en aquellos años 1925-1928 de represión anticatalana durante la primera Dictadura; y en la literatura de los Siglos de Oro de España, como estudioso español. En 1928 apareció mi primer trabajo serio, en colaboración con Carlos Clavería, catedrático que fue de la Universidad de esta ciudad, donde murió, después, de improviso; era un trabajo colectivo de seminario en la cátedra de investigación de literatura española, que entonces regen-

taba Jordi Rubió y Balaguer, sobre el *Teatro clásico español en la Cataluña del Barroco*, y sólo en 1947 volví a interesarme por esa época, con mis investigaciones sobre la vida, los escritos y el pensamiento moral y estético de Baltasar Gracián, el cuarto centenario de cuyo nacimiento se celebrará este próximo enero. El medievo catalán, pues, y los siglos XVI y XVII españoles habían polarizado mis investigaciones y mis trabajos personales hasta que el año 1932, a 23 de enero, se firmó el decreto de disolución de los jesuitas, basado en el artículo 26 (antes 24) de la nueva Constitución, propiciada no tanto por los revolucionarios y masones, como por los que desde 1923 habían conculcado y denigrado la anterior de 1876.

Aquel año 1932 el padre Ignacio Casanovas comenzó a publicar los *Documents per la història cultural de Catalunya en el segle XVIII*. Su primer tomo estaba formado por las conferencias que el propio Casanovas había dictado en dicha Biblioteca el año 1924, como acto inaugural de la misma. Estaban centradas en la más eminente figura de la Universidad de Cervera, el jurista José Finestres, cuya correspondencia con sus amigos de Barcelona y con don Gregorio Mayans y Siscar constituía la base de aquellas memorables conferencias —exageradas y un tanto hiperbólicas, pero importantes para el mejor conocimiento de la cultura dieciochesca, tanto en Cataluña como en toda España—.

La última conferencia de 1924 ya proponía que un complemento de aquella cultura de Cataluña —y de Valencia— sería la búsqueda de las actividades culturales de los jesuitas catalanes, y valencianos, en Italia, tras la expulsión de 1767. Muy natural, pues, que aquella disolución de 1932, convertida en exilio para los estudiantes y sus profesores, y en exilio precisamente a Italia, moviese al padre Ignacio Casanovas a aprovechar tan oportuna ocasión para dar realidad a aquel proyecto.

Su amistad con mi familia, y mis precedentes estudios universitarios, hicieron recaer sobre mí aquel cometido.

He de confesar que, en un primer momento, antes de la aparición del libro de Marañón sobre Feijoo, esa proposición me desconcertó. Yo sólo conocía, antes, la cultura setecentista de Cataluña a través de la visión que había ofrecido, a fines del siglo XIX, Torras y Bages en un capítulo de *La tradició catalana*, que me pareció algo sesgado. Las conferencias de Casanovas en el primer tomo de sus *Documents*, recién publicado, me parecieron más serias, como más sólidamente

fundadas, pero llenas de interrogantes. Todavía muy dudoso, comencé mis primeros tanteos en Turín, donde aún vivía el senador Vittorio Cian, profesor en aquella Universidad y autor de una clásica «memoria» presentada a aquella Real Academia de las Ciencias en 1896 y muy luego comentada y divulgada en España por Menéndez y Pelayo —a quien siempre hay que acudir, aunque se disienta de él muy frecuentemente—.

Tras aquellos primeros escarceos en Turín en diciembre de 1932, el verano de 1933 lo dediqué, guiado por la monografía de Cian, a quien conocí y traté personalmente sólo más tarde, al epistolario de la Estense de Módena cruzado entre su bibliotecario Girolamo Tiraboschi, también él ex jesuita, y los exiliados españoles. Este primero y breve *iter italicum* me animó algo a proseguir mis trabajos setecentistas. Pero todavía persistían las dudas sobre aquel nuevo camino que comenzaba a emprender.

Éstas sólo se disiparon definitivamente cuando a la biblioteca de nuestra Facultad de filosofía, trasladada por los jesuitas de la antigua Corona de Aragón desde Sarrià, junto a Barcelona, a Avigliana, cerca de Turín, llegó uno de los primeros ejemplares del *Feijoo* de Gregorio Marañón. Su lectura me confirmó que el siglo xviii español merecía más estudio y más estudios, y me animó a proseguir mis viajes de investigación por Italia y mis lecturas sobre el Iluminismo italiano, la Ilustración española y la aportación que a ambas hicieron los jesuitas exiliados.

Tanto es así, que cuando en julio de 1936 cambiaron sustancialmente las circunstancias políticas, culturales y religiosas de Cataluña y de toda España, proseguí promiscuando mis trabajos sobre la cultura catalana medieval y humanística con los referentes a la cultura hispano-italiana dieciochesca, aquéllos, reunidos en los cinco primeros volúmenes de mi *Obra completa* (1993-1995), éstos en seis tomos, ya impresos, que casi corresponden a una tercera parte de los veinte planeados.

Fueron esos estudios setecentistas sobre los jesuitas exiliados los que propiciaron primero el conocimiento personal, y luego la acendrada amistad del doctor Marañón.

Éste, en su autoexilio de París e Hispanoamérica, sobre todo en Francia, alternaba los estudios médicos con los históricos, centrados ahora especialmente en las repercusiones de los exilios políticos de España sobre la cultura Española. Su propio exilio —con más propie-

dad, autoexilio— le sugirió este vastísimo tema. En París concibió y redactó su breve volumen *Luis Vives, un español fuera de España*, publicado en Madrid el mismo año del regreso a su patria en 1942, y también en París comenzó a preparar sus dos tomos sobre Antonio Pérez, aparecidos cinco años más tarde.

En su proyecto esas dos obras eran como capítulos, muy ampliados, de lo que había de ser su historia de los exilios y de los exiliados en España a partir de 1492 —Vives también se había autoexiliado, por pertenecer a una familia de judíos conversos judaizantes—. Para entonces, Vicente Lloréns Castillo había estudiado ya los exilios liberales a Inglaterra en el primer tercio del siglo XIX, tema igualmente de investigación por parte de varios estudiosos catalanes para lo que se refería a los exiliados de Cataluña —algunos de ellos, precursores de la ya inminente *Renaixença* romántica—.

Entretanto, habían llegado a las manos, o a los ojos, del doctor Marañón algunos de mis libros y artículos sobre los jesuitas desterrados a Italia por Carlos III. Ante la incógnita de si continuaría existiendo una cultura catalana si triunfaban los aliados en la segunda guerra mundial y de si sería aún posible el primer proyecto del padre Casanovas de formar un *corpus* epistolar de los jesuitas catalano-aragoneses, desde 1940 había dado la precedencia a algunos grandes nombres procedentes de la España castellana: el esteta Esteban de Arteaga, el lingüista Lorenzo Hervás y Panduro, algunos llegados de la América española, que en Italia dieron a conocer su historia, geografía, lenguas y sus deseos de Independencia, una nueva visión global de toda esa amplísima cultura hispano-italiana, la di a conocer en la *Historia general de las literaturas hispánicas* dirigida por Guillermo Díaz-Plaja, en 1956.

Desde poco antes, en aquel mismo decenio, un grupo de políticos e intelectuales de Madrid y Barcelona se reunían alternativamente en estas dos ciudades para tratar clandestinamente del futuro de España. Entre ellos estaba el doctor Marañón, quien pidió un día a mi compañero en la Facultad de Letras, Joan-Baptista Solervicens, en tiempos secretario cultural de don Francisco Cambó, que viese si yo podía procurarle un ejemplar de mis trabajos, muy dispersos, sobre los jesuitas españoles exiliados a Italia en el siglo XVIII. Solervicens me lo comunicó de palabra en Barcelona, sin duda para no despertar sospechas entre los ahora bien conocidos espías del Régimen en esta ciudad.

Apenas regresé a Roma, le envié a Madrid los libros y estudios de los que aún me quedaban ejemplares, y, al agradecerme, por carta, me insinuaba que cuando pasase de nuevo una temporada en Madrid fuese a verle, pues deseaba hablar largamente conmigo sobre nuestro siglo xvi. Al llegar de nuevo a la capital, estaba en ella un jesuita vasco, gran amigo de Marañón, a quien apellidaba siempre Gregorio a secas, y quiso acompañarme. Me hizo sufrir, porque el doctor Marañón nos citó un día para una tarde después del almuerzo, y cuando entraba el criado anunciando las visitas médicas, el padre Victoriano Larrañaga seguía la conversación como si nada le tocara ni —lo que es peor— nos tocara. En compensación, un buen recuerdo de aquella primera y larga entrevista fue que don Gregorio me mostró mis libros y separatas —ésta, encuadernadas— llenas de notas marginales autógrafas, y de subrayados suyos. No es fácil hallar tales lectores.

En aquel mismo decenio —lo he contado ya con más detalle en mis *Recuerdos de casi un siglo*— quedó en la Real Academia de la Historia una vacante, la del político liberal, amigo confidencial de Marañón durante el exilio de ambos en Francia, Natalio Rivas; y algunos académicos recordaban que desde mediados del siglo xix, había habido siempre en ella un agustino y un jesuita. El agustino Zarco Cuevas y el jesuita García Vilada habían sido asesinados al principio de la revolución que en 1936 había estallado tras el golpe de Estado del 18 de julio. Para entonces, el primero ya había sido sustituido por el padre Ángel Custodio Vega, mas el segundo no tenía aún sucesor. Se discutió el caso de modo informal durante un almuerzo amigable en Lhardy al fin del curso académico 1955-1956, y pareció que ninguno de los jesuitas residentes en Madrid podría alcanzar el número de votos suficiente. Entonces el doctor Marañón lanzó mi nombre como contrapropuesta. Jesús Pabón en una de las reuniones políticas antedichas preguntó si, a pesar de mis diez años de residencia en Roma, en Cataluña me considerarían como catalán, y a los académicos políticos les decía que entonces convenía mucho que en aquellas circunstancias entrase en la Academia de la Historia un catalán, mientras a los más tradicionales les recordaba la tradición ya mencionada.

Marañón no pudo presentarme oficialmente por falta del número de asistencias entonces reglamentario. Pero se le pidió que tuviese el discurso de recepción, leído el 8 de junio de 1958, con largas referencias, naturalmente, a nuestro siglo xviii, al de España, y también al de Italia, de Europa, de Hispanoamérica.

Para mí fue un espaldarazo inesperado. Recordaba los escritos suyos que había comenzado a leer en mis años universitarios, sobre todo en la *Revista de Occidente*; luego, sus libros biográficos, siempre elevados a la categoría de verdadera Historia; más tarde, los de carácter psicológico, maliciosamente comentados por el primer G. C. —aún no desfigurado en el Giménez Caballero de los años treinta— en su *Gaceta literaria*, donde nos daba a conocer los grandes triunfos de Marañón en la Cuba del presidente Machado.

A partir de 1958, pude palpar, en alguna conferencia, como ciertos y ciertas, ex pacientes suyos, o aún pacientes, le veneraban con sus ojos como a un traumaturgo. Y acabo recordando a una señora alemana que en su Hamburgo natal le recordaba con grande agradecimiento, porque el doctor Marañón le había aconsejado que no se dejase hacer cirugía estética en la nariz, pues su forma —nada llamativa, por cierto— formaba parte de su auténtica personalidad.

Fue sin duda el Doctor Marañón, el Médico, tanto como el intelectual, más que el escrutador del siglo XVIII, entre otros muchos siglos, el que congregó en Madrid tal muchedumbre polimorfa el día de su sepelio. Había fallecido un hombre difícilmente repetible.